





Las cautivas





Annick Cojean

Las cautivas

El harén oculto de Gadafi



 **Editorial El Ateneo**

Cojean, Annick

Las cautivas : el harén oculto de Gadafi. - 1a ed. - Buenos Aires : El Ateneo, 2013.
272 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot
ISBN 978-950-02-0714-0

1. Historia Universal. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 909

Las cautivas. El harén oculto de Gadafi
Annick Cojean

Traductora: Silvia Kot
Título original: *Les proies. Dans le harem de Kadhafi*
© Editions Grasset & Fasquelle, 2012

Diseño de interiores: María Isabel Barutti
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina
© 2013, Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: julio de 2013

ISBN 978-950-02-0714-0

Impreso en Verlap S.A.,
Comandante Spurr 653, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en julio de 2013.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso del editor. Su infracción está penada por la leyes 11.723 y 25.446.



A mi madre, siempre.

A Marie-Gabrielle, Anne, Pipole, esenciales.

A S.



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
--------------	----



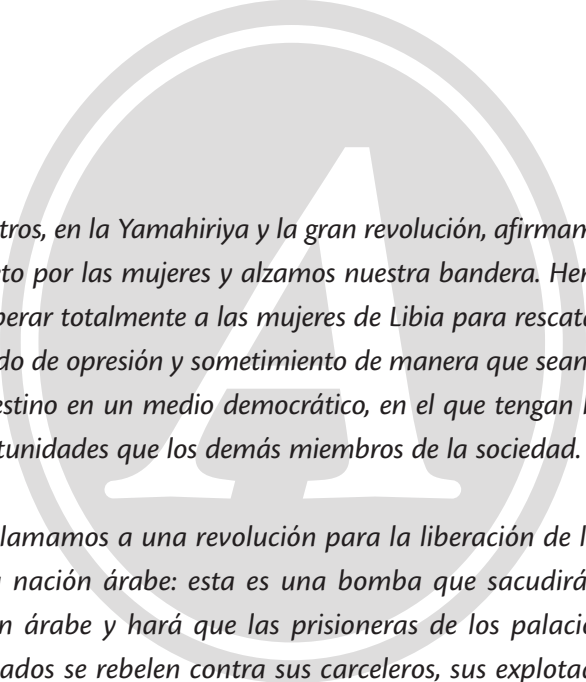
PARTE I
La historia de Soraya

1. INFANCIA.....	25
2. PRISIONERA.....	39
3. BAB AL AZIZIA.....	51
4. RAMADÁN.....	61
5. HARÉN.....	73
6. ÁFRICA.....	83
7. HICHAM.....	91
8. HUIDA.....	103
9. PARÍS.....	109
10. ENGRANAJE.....	121
11. LIBERACIÓN.....	131

PARTE II

La investigación

1. TRAS LAS HUELLAS DE SORAYA.....	141
2. LIBYA, JADIYA, LEILA... TANTAS OTRAS.....	157
3. LAS AMAZONAS.....	177
4. EL DEPREDADOR.....	193
5. EL AMO DEL UNIVERSO.....	207
6. MANSOUR DAO.....	217
7. CÓMPLICES Y CAZADORES.....	227
8. MABRUKA.....	243
9. ARMA DE GUERRA.....	251
EPÍLOGO.....	259
CRONOLOGÍA.....	269
AGRADECIMIENTOS.....	271



Nosotros, en la Yamahiriya y la gran revolución, afirmamos nuestro respeto por las mujeres y alzamos nuestra bandera. Hemos decidido liberar totalmente a las mujeres de Libia para rescatarlas de un mundo de opresión y sometimiento de manera que sean dueñas de su destino en un medio democrático, en el que tengan las mismas oportunidades que los demás miembros de la sociedad. (...)

Llamamos a una revolución para la liberación de las mujeres de la nación árabe: esta es una bomba que sacudirá a toda la región árabe y hará que las prisioneras de los palacios y de los mercados se rebelen contra sus carceleros, sus explotadores y sus opresores. Este llamamiento encontrará sin duda ecos profundos y tendrá repercusiones en toda la nación árabe y también en el resto del mundo. Hoy no es un día común y corriente, sino el comienzo del fin de la era del harén y de las esclavas.

Muamar el Gadafi, 1º de septiembre de 1981, aniversario de la revolución, al presentar ante el mundo a las primeras diplomadas de la Academia Militar de las Mujeres.



PRÓLOGO

En el comienzo de todo, está Soraya.

Soraya y sus ojos de crepúsculo, sus labios enfurruñados y sus sonoras carcajadas. Soraya, que pasa rápidamente de la risa a las lágrimas, de la exuberancia a la melancolía, de una dulce ternura a la brutalidad de una mujer que está en carne viva. Soraya y su secreto, su dolor, su rebelión. Soraya y la historia demencial de una niña alegre arrojada a las garras de un ogro.

Fue ella quien desencadenó este libro.

La conocí en uno de esos días de júbilo y caos que siguieron a la captura y la muerte del dictador Muamar el Gadafi en octubre de 2011. Yo había viajado a Trípoli enviada por el diario *Le Monde*. Fui a investigar el papel que habían desempeñado las mujeres en la revolución. Era una época febril y el tema me apasionaba.

Yo no era una especialista en Libia. De hecho, desembarqué allí por primera vez, fascinada por la increíble valentía que demostraron los combatientes para derrocar al tirano instalado en el poder desde hacía cuarenta y dos años, pero profundamente intrigada por la total ausencia de mujeres en filmaciones, fotos y crónicas aparecidas en los últimos meses. Las demás insurrecciones de la

primavera árabe y el viento de esperanza que había soplado sobre esa región del mundo habían revelado la fuerza de las tunecinas, omnipresentes en el debate público; la audacia de las egipcias, que salieron a manifestar, corriendo todos los riesgos, en la plaza Tahrir de El Cairo. Pero ¿dónde estaban las libias? ¿Qué habían hecho durante la revolución? ¿Anhelaban que se produjera, la iniciaron, la apoyaron? ¿Por qué se escondían? O, lo más probable, ¿por qué las ocultaban, en ese país tan desconocido, cuyo grotesco líder confiscó la imagen y convirtió a sus guardaespaldas femeninas –las famosas amazonas– en el símbolo de su revolución?

Algunos colegas masculinos que habían seguido la rebelión de Bengasi en Sirte me confesaron que solo se habían cruzado con unas pocas sombras furtivas envueltas en velos negros: los combatientes libios les habían negado sistemáticamente el acceso a sus madres, esposas o hermanas. “¡Quizá tú tengas más suerte!”, me dijeron, un poco burlones, convencidos de que, de todos modos, en ese país, nunca son las mujeres quienes escriben la historia. Sobre el primer punto, no se equivocaban. En los países más cerrados, ser una periodista mujer representa la maravillosa ventaja de tener acceso a toda la sociedad, y no solo a su población masculina. De modo que me bastaron algunos días y varios encuentros para entender que el papel de las mujeres en la revolución libia no solo había sido importante, sino crucial. Las mujeres, me dijo un jefe rebelde, constituyeron “el arma secreta de la rebelión”. Alentaron, alimentaron, escondieron, transportaron, equiparon, informaron a los combatientes. Consiguieron dinero para comprar armas, espionaron para la OTAN a las fuerzas gadafistas, desviaron toneladas de medicamentos, incluso en el hospital dirigido por la hija adoptiva de Muamar el Gadafi (sí, la que él hizo pasar –falsamente– por muerta tras el bombardeo norteamericano a su residencia en 1986).

Las mujeres corrieron enormes riesgos: ser detenidas, torturadas y violadas. Porque la violación –considerada en Libia como el mayor de los crímenes– era una práctica habitual, y fue declarada arma de guerra. Las mujeres se comprometieron en cuerpo y alma con la revolución. Enfurecidas, sorprendentes, heroicas. Una de ellas me dijo: “La verdad es que las mujeres tenían una cuenta personal que arreglar con el coronel”.

Una cuenta personal... No entendí en un primer momento el significado de esas palabras. El conjunto del pueblo libio, que acababa de soportar más de cuatro décadas de dictadura ¿no tenía acaso una cuenta común que arreglar con el déspota? Confiscación de derechos y libertades individuales, represión sangrienta contra los opositores, deterioro de los sistemas de salud y de educación, estado desastroso de las infraestructuras, pauperización de la población, destrucción de la cultura, malversación de los ingresos petroleros, aislamiento en el escenario internacional... ¿Por qué esa “cuenta personal” de las mujeres? ¿Acaso el autor del *Libro Verde* no había proclamado siempre la igualdad entre hombres y mujeres? ¿No se había presentado permanentemente como su decidido defensor, al fijar los veinte años como la edad legal para casarse, al denunciar la poligamia y los abusos de la sociedad patriarcal, otorgarle a la mujer divorciada más derechos que en muchos otros países musulmanes y abrir a postulantes de todo el mundo una Academia Militar para mujeres? “¡Mentira, hipocresía, farsa!” –me dijo más tarde una renombrada jurista–. Todas éramos sus potenciales víctimas”.

En ese momento conocí a Soraya. Nuestros caminos se cruzaron en la mañana del 29 de octubre. Yo estaba terminando mi investigación y debía dejar Trípoli al día siguiente para volver a París, vía Túnez. Regresaba sin estar convencida de haber terminado del todo

mi trabajo. Había obtenido, es cierto, una respuesta a mi primera pregunta sobre la participación de las mujeres en la revolución, y me llevaba una gran cantidad de historias y relatos detallados que ilustraban su lucha. ¡Pero quedaban tantos enigmas pendientes! Las violaciones en masa perpetradas por los mercenarios y las fuerzas de Gadafi constituían un tabú infranqueable e involucraba a autoridades, familias y asociaciones femeninas en un silencio hostil. La Corte Penal Internacional, que había iniciado una investigación, también se enfrentaba a las peores dificultades para acceder a las víctimas. En cuanto a los sufrimientos de las mujeres anteriores a la revolución, solo eran mencionados en forma de rumores, con fuertes suspiros y miradas huidizas. “¿Para qué insistir en esas prácticas y esos crímenes tan infamantes y tan imperdonables?”, oí decir a menudo. No había ningún testimonio en primera persona. No aparecía ninguna víctima que con su relato pusiera en tela de juicio a Gadafi.

Y apareció Soraya. Usaba un chal negro que cubría su espesa cabellera peinada con un rodete, grandes anteojos de sol, pantalones anchos. Sus labios gruesos le daban cierto aire a Angelina Jolie, y cuando sonrió, un destello infantil iluminó súbitamente su bello rostro ya desgastado por la vida. “¿Qué edad me da usted?” –me preguntó, quitándose las gafas. Esperó ansiosa, y luego se me adelantó–: ¡Siento que tengo cuarenta años!”. Le parecía que eso era ser vieja. Tenía veintidós.

Era un día luminoso en la agitada Trípoli. Muamar el Gadafi había muerto la semana anterior. El Consejo Nacional de Transición había proclamado oficialmente la liberación del país, y la noche anterior, en la Plaza Verde, rebautizada con su antiguo nombre de Plaza de los Mártires, se reunieron una vez más multitudes de tripolitanos eufóricos gritando los nombres de Alá y de Libia

entre cantos revolucionarios y ráfagas de kaláshnikovs. Cada barrio compró un dromedario y lo degolló frente a una mezquita para compartirlo con los refugiados de las ciudades saqueadas por la guerra. Todos se declaraban “unidos” y “solidarios”, “felices como nunca podía recordarlo la memoria humana”. También aturcidos y desconcertados. Incapaces de retomar el trabajo y el curso normal de la vida. Libia sin Gadafi... Era inimaginable.

Vehículos abigarrados recorrían la ciudad, cargados de rebeldes sentados en el capot o en el techo, asomándose por las ventanillas, agitando banderas al viento. Tocaban la bocina, cada uno de ellos blandía su arma como si fuera una amiga preciosa que llevara a una fiesta, que merece un homenaje. Vociferaban “*Allahu Akbar*” –“Alá es el más grande”–, se abrazaban, hacían la V de la victoria, con un pañuelo rojo, negro y verde anudado al estilo pirata en la cabeza o como brazalete. No todos habían luchado desde la primera hora o con el mismo valor. Pero eso no importaba: desde la caída de Sirte, último bastión de Gadafi, y su fulminante ejecución, todo el mundo se proclamaba rebelde.

Soraya los observaba de lejos y se sentía triste. ¿Era ese ambiente de ruidosa alegría lo que volvía más amargo el malestar que sentía desde la muerte de Gadafi? ¿La glorificación de los “mártires” y los “héroes” de la revolución la devolvía a su triste condición de víctima clandestina, indeseable, vergonzante? ¿Había comprendido de pronto la magnitud del desastre de su vida? No encontraba las palabras, no podía explicarlo. Solo sentía la quemadura del sentimiento de injusticia absoluta. La angustia de no poder expresar su dolor y gritar su indignación. El terror de que su desgracia, inaudible en Libia, y por lo tanto imposible de contar, se considerara exageradamente escandalosa. No debía ser así. No era moral.

Soraya mordisqueaba su chal cubriendo nerviosamente la parte inferior de su rostro. De sus ojos brotaron lágrimas, que enjugó de inmediato.

–Muamar el Gadafi destruyó mi vida.

Necesitaba hablar. Recuerdos demasiado pesados sobrecargaban su memoria.

–Suciedades –dijo, que le provocaban pesadillas–. Aunque lo cuente, nadie, nunca, sabrá de dónde vengo ni qué es lo que he vivido. Nadie podrá imaginarlo. Nadie. –Meneaba la cabeza con expresión desesperada–. Cuando vi el cadáver de Gadafi expuesto ante la multitud, experimenté una breve sensación de placer. Luego sentí un gusto amargo en la boca. Hubiera preferido que estuviera vivo, que lo capturaran y que lo juzgara un tribunal internacional. Quería pedirle explicaciones.

Porque ella fue una víctima. Una de esas víctimas de las que la sociedad libia no quiere oír hablar. Esas víctimas cuyo ultraje y cuya humillación manchan al conjunto de la familia y de la nación. Esas víctimas tan incómodas y perturbadoras que sería más sencillo convertirlas en culpables. Culpables de haber sido víctimas... Desde la altura de sus veintidós años, Soraya rechazaba con fuerza esa idea. Ansiaba justicia. Quería dar su testimonio. Lo que le habían hecho a ella y a muchas otras no le parecía ni insignificante ni perdonable. Contaría su historia: la de una niña de apenas quince años, señalada durante una visita de Muamar el Gadafi a su escuela y raptada al día siguiente para convertirse, junto con otras muchachas, en su esclava sexual. Secuestrada durante varios años en la residencia fortificada de Bab al Azizia, fue golpeada, violada y expuesta a todas las perversidades de un tirano obsesionado por el sexo. Él le robó su virginidad y su juventud, negándole así todo futuro respetable en la sociedad libia. La joven lo comprobó con

amargura. Después de haberla llorado y compadecido, su familia la consideraba ahora una prostituta. Irrecuperable. Ella fumaba. Ya no encajaba en ninguna parte. No sabía adónde ir. Me quedé desconcertada.

Volví a Francia, conmocionada por Soraya. Y conté su historia en una nota publicada en *Le Monde*, sin revelar su rostro ni su identidad. Era demasiado peligroso. Ya le habían hecho bastante daño sin eso. Pero la nota fue levantada y publicada en todo el mundo. Era la primera vez que aparecía un testimonio de una de las jóvenes de Bab al Azizia, ese lugar lleno de misterios. Algunos sitios gadafistas lo desmintieron con violencia, indignados de que se destruyera de ese modo la imagen de su héroe, que supuestamente había hecho tanto por “liberar” a las mujeres. Otros, aunque conocían las costumbres del “Guía”, lo consideraron tan aterrador que les costó creerlo. Los medios internacionales trataron de encontrar a Soraya. Fue en vano.

No dudé ni un segundo de lo que ella me había contado. Porque me llegaron otras historias, muy parecidas, que me demostraron la existencia de muchas otras Sorayas. Supe que centenares de mujeres jóvenes habían sido raptadas por una hora, una noche, una semana o un año, y obligadas, por la fuerza o por medio del chantaje, a someterse a las fantasías y las violencias sexuales de Gadafi. Qué él disponía de redes que involucraban a diplomáticos, militares, guardaespaldas, empleados de la administración y de su servicio del protocolo, cuya misión esencial era procurarle a su amo mujeres jóvenes –u hombres jóvenes– para su consumo diario. Que algunos padres y maridos –a veces, incluso ministros– encerraban a sus hijas y sus esposas para sustraerlas a las miradas y a la codicia del Guía. Descubrí que el tirano, nacido en una familia de beduinos muy pobres, gobernaba por medio del sexo, obsesionado

por la idea de poseer algún día a las esposas y las hijas de los ricos y los poderosos, de sus ministros y generales, de los jefes de Estado y los soberanos. Estaba dispuesto a ponerles precio. Cualquier precio. No tenía ningún límite.

Pero la nueva Libia no estaba dispuesta a hablar de eso. ¡Tabú! Y sin embargo, no se privaban de hostigar a Gadafi y exigirle que arrojará luz sobre sus cuarenta y dos años de infamias y de poder absoluto. Describían los maltratos infligidos a los prisioneros políticos, las violencias contra los opositores, las torturas y los asesinatos de rebeldes. No se cansaban de denunciar su tiranía y su corrupción, su hipocresía y su locura, sus manipulaciones y sus perversiones. Y se exigían reparaciones para todas las víctimas. Pero no se quería oír hablar de los centenares de mujeres esclavizadas y violadas por él. Ellas tenían que esconderse o emigrar, sepultadas bajo un velo, con su dolor bien guardado en el equipaje. Lo más sencillo hubiera sido que murieran. Y algunos hombres de sus familias estaban dispuestos a encargarse de ello.

Regresé a Libia para volver a encontrarme con Soraya. Recogí otras historias y traté de analizar las redes de complicidades al servicio del tirano. Una investigación efectuada bajo una fuerte presión. Las víctimas y los testigos seguían viviendo con el terror de abordar ese tema. Algunos sufrían amenazas e intimidaciones. “¡Por su bien y el de Libia, abandone esa investigación!”, me aconsejaron muchos interlocutores, antes de colgarme bruscamente el teléfono. Y en su prisión de Misrata, donde pasa ahora sus días leyendo el Corán, un joven barbudo –que participó en el tráfico de jovencitas– me gritó, exasperado: “¡Gadafi está muerto! ¡Muerto! ¡Para qué quiere desenterrar sus escandalosos secretos?”. El ministro de Defensa, Osama Juili, compartía esa idea: “Es un tema de vergüenza y humillación nacional. ¡Cuando pienso en las ofensas

infligidas a tantos jóvenes, incluso a soldados, siento tanta repugnancia! Le aseguro que lo mejor es callarse. Los libios se sienten colectivamente sucios y quieren dar vuelta la página”.

¿De veras? ¿Algunos crímenes deben ser denunciados y otros deben ocultarse como si fueran secretitos sucios? ¿Algunas víctimas son bellas y nobles, y otras son vergonzantes? ¿Hay que honrar, gratificar y compensar a algunas de ellas, y sobre las otras es preferible “dar vuelta la página”? No. Es inaceptable. La historia de Soraya no es una anécdota. Los crímenes contra las mujeres –que el mundo aborda con ligereza, si no con complacencia– no constituyen un tema insignificante.

El testimonio de Soraya es muy valiente y debería leerse como un documento. Lo escribo bajo su dictado. Sabe contar y también tiene una excelente memoria. Y no soporta la idea de una conspiración del silencio. Quizá nunca haya una corte penal que le haga justicia. Quizá Libia nunca acepte reconocer el sufrimiento de las “cautivas” de Muamar el Gadafi y de un sistema creado a su imagen. Pero al menos existirá su testimonio para demostrar que mientras Muamar el Gadafi se pavoneaba en la ONU con aires de dueño del mundo, mientras las demás naciones desplegaban una alfombra roja ante él y lo recibían con fanfarrias, mientras sus amazonas provocaban curiosidad, fascinación o regocijo, en su país, en su enorme residencia de Bab al Azizia, o más bien en sus húmedos sótanos, mantenía secuestradas a jóvenes mujeres que no eran más que niñas al llegar.



PARTE I

La historia de Soraya

A



1

INFANCIA

Nací en Marag, una aldea de la región de Jebel Akhdar, la Montaña Verde, cerca de la frontera egipcia. Fue el 17 de febrero de 1989. ¡Sí, el 17 de febrero! Es imposible que los libios ignoren esta fecha a partir de ahora: es el día en que se puso en marcha la revolución que echó a Gadafi del poder en 2011. Me alegra haber nacido un día destinado a convertirse en fiesta nacional.

Tres hermanos me precedieron en la familia y otros dos nacerían después de mí, así como una hermanita. Pero yo fui la primera hija mujer y mi padre estaba loco de alegría. Él quería una niña. Quería una Soraya. Había pensado en ese nombre mucho antes de casarse. Y muchas veces me habló de la emoción que sintió al conocerme. “¡Eras linda! ¡Tan linda!”, me repetía a menudo. Se sentía tan feliz, que siete días después de mi nacimiento, la celebración que se acostumbra organizar en esas circunstancias adquirió la envergadura de una fiesta de casamiento. Muchos invitados, música, un gran bufet... Él quería todo para su hija: las mismas oportunidades y los mismos derechos que para sus hijos varones. Todavía hoy dice que me imaginaba médica. Y cuando estaba en el liceo, me impulsó a inscribirme en ciencias de la naturaleza. Si mi vida

hubiera seguido un curso normal, tal vez habría estudiado realmente medicina. ¿Quién sabe? Pero no me hablen de igualdad de derechos con mis hermanos. ¡Eso no! Ninguna mujer libia puede creer en esa ficción. Basta ver cómo mi madre, que es, sin embargo, tan moderna, debió renunciar finalmente a la mayoría de sus sueños.

Tuvo sueños inmensos y todos se frustraron. Nació en Marruecos, en casa de su abuela, a la que adoraba. Pero sus padres eran tunecinos. Disponía de muchas libertades, porque, de joven, había estudiado peluquería en París. Era un sueño, ¿no? Allí conoció a papá, en una cena importante, una noche de Ramadán. En esa época, él trabajaba para los servicios secretos exteriores del país y pasaba largos períodos en la embajada de Libia. Él también adoraba París. Allí el ambiente era tan agradable, tan alegre, en comparación con la típica adustez libia. Habría podido seguir algunos cursos en la Alliance Française, como le propusieron, pero era demasiado indolente, y prefería salir, pasear, aprovechar cada minuto de libertad para descubrir cosas nuevas. Hoy lamenta no poder hablar francés. Eso habría cambiado nuestra vida, sin ninguna duda. En todo caso, cuando conoció a mamá, tomó una rápida decisión. Pidió su mano, y la boda se celebró en Fez, donde aún vivía su abuela. Orgulloso, se la llevó de inmediato a Libia.

¡Qué impacto para mi madre! Nunca se había imaginado viviendo en la Edad Media. Ella, que era tan coqueta, que siempre se preocupaba por estar a la moda, bien peinada y bien maquillada, tuvo que usar el velo blanco tradicional y limitar al máximo sus salidas fuera de la casa. Era como un león enjaulado. Se sentía engañada, atrapada. Esa no era en absoluto la vida que papá le había prometido. Le había hablado de viajes entre Francia y Libia, de que podría desarrollar su profesión en los dos países... En pocos días,

mi madre se encontró en el país de los beduinos. Y sufrió una depresión. Entonces papá decidió mudar a toda la familia a Bengasi, la segunda ciudad de Libia, al este del territorio. Una ciudad provinciana, pero que siempre fue considerada un poco contestataria con respecto al poder instalado en Trípoli. No podía llevar a mamá a París, adonde seguía viajando con frecuencia, pero al menos ella podría vivir en una gran ciudad, no estaría obligada a usar velo y hasta podría desarrollar su actividad de peluquera en su propio salón. ¡Como si eso pudiera consolarla!

Ella seguía deprimida y soñando con París. A nosotros, los hijos, nos contaba sus paseos por los Champs Elysées, el té con sus amigas en la terraza de los cafés, la libertad que tenían las francesas, y además, la protección social, los derechos de los sindicatos, las audacias de la prensa. París, París, París... Eso terminaba fastidiándonos. Pero mi padre se sentía culpable. Pensó en abrir un pequeño negocio en París, un restaurante en el distrito 15, que podría atender mamá. Pero, lamentablemente, muy pronto se peleó con su socio y el proyecto quedó en la nada. También estuvo a punto de comprar un apartamento en La Défense. Costaba 25.000 dólares en aquella época. No se atrevió a realizar la operación y lo sigue lamentando.

De modo que mis primeros recuerdos escolares son de Bengasi. Todo eso está ya un poco borroso en mi memoria, pero recuerdo que todo era muy alegre. La escuela se llamaba Los Leoncitos de la Revolución, y tenía cuatro amigas inseparables. Yo era la cómica del grupo: mi especialidad era imitar a los profesores en cuanto salían del aula, y también al director de la escuela. Al parecer, tengo facilidad para captar las actitudes y las expresiones de las personas. Llorábamos de risa. Yo tenía cero en matemática, pero era la mejor en lengua árabe.

A papá le costaba ganarse la vida. Y el trabajo de mamá se volvió indispensable. Pronto, las finanzas de la familia empezaron a depender de ella. Trabajaba día y noche, y seguía esperando que sucediera algo que nos llevara lejos de Libia. Yo sabía que era diferente de las demás madres: a veces, en la escuela, me trataban despectivamente de “hija de tunecina”. Eso me dolía. Las tunecinas tenían fama de modernas y emancipadas, y en Bengasi, créame, no se consideraba que eso fuera una virtud. Estaba enojada por esa situación. Casi odiaba a mi papá por no haber elegido como esposa a una hija del país. ¿Qué necesidad tenía de casarse con una extranjera? ¿Acaso había pensado en sus hijos?... ¡Dios mío, qué tonta fui!

* * * * *

Cuando tenía once años, papá nos comunicó que iríamos a vivir a Sirte, una ciudad ubicada sobre la costa mediterránea, entre Bengasi y Trípoli. Quería estar más cerca de su familia, de su padre –un hombre muy tradicional que tenía cuatro esposas–, de sus hermanos y sus primos. En Libia es así. Todas las familias tratan de permanecer juntas en torno a un mismo bastión que supuestamente les da fuerza y un apoyo incondicional. En Bengasi, sin raíces ni relaciones, éramos como huérfanos. Al menos, eso nos explicó papá. Pero, para mí, era una verdadera catástrofe. ¿Dejar mi escuela? ¿A mis amigas? ¿Qué drama! La noticia me enfermó. Me enfermó de verdad. Estuve dos semanas en cama. No podía levantarme para ir a la nueva escuela.

Finalmente, fui. A regañadientes. Y muy pronto comprendí que no sería feliz allí. En primer lugar, hay que saber que estábamos en la ciudad natal de Gadafi. Todavía no hablé de este personaje porque no era ni una preocupación, ni un tema de conversación en

casa. Mamá lo detestaba, sin ninguna duda. Cambiaba de canal cuando aparecía en la televisión. Lo llamaba “el desgreñado” y repetía, meneando la cabeza: “Francamente, ¿acaso ese tipo tiene cara de presidente?”. En cuanto a papá, creo que sentía miedo y se mantenía reservado. Todos teníamos la intuición de que era preferible hablar lo menos posible de él, ya que cualquier palabra que saliera del marco familiar podía ser informada y causarnos grandes problemas. En casa no había ninguna foto de Gadafi y ninguna militancia. Digamos que todos éramos instintivamente prudentes.

En la escuela, en cambio, primaba la adoración. Su imagen estaba en todas partes. Cantábamos el himno nacional todas las mañanas frente a un inmenso póster con su efigie unido a la bandera verde. Todos gritaban: “Tú eres nuestro Guía, marchamos detrás de ti”, etc. En clase o en el recreo, los alumnos repetían “mi primo Muamar”, “tío Muamar”, mientras que los profesores hablaban de él como si fuera un semidiós. No, como si fuera Dios. Él era bueno, se desvelaba por sus hijos, tenía todos los poderes. Todos debíamos llamarlo “Papá Muamar”. Su estatura nos parecía gigantesca.

Aunque nos habíamos mudado a Sirte para estar más cerca de la familia y sentirnos más integrados a una comunidad, el injerto no prendió. Los habitantes de Sirte, nimbados por su parentesco o su proximidad con Gadafi, se sentían los amos del universo. Una especie de aristocracia que frecuentaba la corte, frente a los pueblerinos o los plebeyos provenientes de las otras ciudades. ¿Ser de Zlite? ¿Grotesco! ¿De Bengasi? ¿Ridículo! ¿De Túnez? ¿Una vergüenza! Mamá, sin duda, independientemente de lo que hiciera, era fuente de oprobio. Y cuando abrió en el centro, cerca de nuestra casa de la calle Dubai, un hermoso salón de belleza al que acudían todas las mujeres elegantes de Sirte, el desprecio fue en aumento.

Sin embargo, ella tenía talento. Todo el mundo reconocía su habilidad para hacer maquillajes fabulosos y los peinados más bonitos de la ciudad. Incluso estoy segura de que la envidiaban. Pero usted no tiene idea de hasta qué punto Sirte estaba aplastada por la tradición y la mojigatería. Una mujer sin velo podía ser insultada en la calle. E, incluso con velo, era sospechosa. ¿Qué diablos hacía afuera? ¿Estaría buscando aventuras? ¿Tendría algún amorío? Las personas se espiaban, observaban las entradas y salidas de sus vecinos, las familias se tenían envidia, protegían a sus hijas y chismorreaban sobre los demás. La máquina de las habladorías estaba siempre en marcha.

En la escuela, mi condena era doble. Yo era no solo “la hija de la tunecina”, sino además “la muchacha del salón”. Nadie se sentaba conmigo, me marginaban. Nunca pude tener una amiga libia. Un poco más tarde, hice amistad, por suerte, con la hija de un libio y una palestina. Luego con una marroquí. Después con la hija de un libio y una egipcia. Pero con mis compañeras del lugar, nunca. Ni siquiera cuando mentí, un día, diciendo que mi madre era marroquí. Creí que eso era menos grave que ser tunecina. Pero fue peor. Entonces, mi vida empezó a girar esencialmente en torno al salón de belleza. Se convirtió en mi reino.

Allí me iba corriendo al terminar las clases diarias. Y allí revivía. ¡Qué placer! En primer lugar, porque ayudar a mamá era una sensación deliciosa. Y además, porque ese trabajo me encantaba. Mi madre nunca se detenía: corría de una clienta a otra, aunque tenía cuatro empleadas. Se ocupaban de hacer peinados, tratamientos capilares, maquillaje. Y yo le aseguro que en Sirte, aunque las mujeres se escondan tras sus velos, son muy exigentes e increíblemente sofisticadas. Mi especialidad era la depilación del rostro y de las cejas con un hilo de seda. Sí: un simple hilo que yo enlazaba en mis

dedos y accionaba velozmente para arrancar los pelos. Es mucho mejor que la pinza o la cera. También preparaba los rostros para el maquillaje y colocaba la base. Luego venía mi madre y pintaba los ojos. Después gritaba: “¡Soraya! ¡El toque final!”. Entonces yo acudía y me encargaba del rouge, controlaba el maquillaje completo y agregaba un poco de perfume.

El salón se convirtió muy pronto en la cita obligada de las mujeres distinguidas de la ciudad. Entre ellas estaban las del clan Gadafi. Cuando se realizaban en Sirte grandes cumbres internacionales, venían a embellecerse las mujeres de las diferentes delegaciones, las esposas de presidentes africanos, de jefes de Estado europeos y americanos. Un día, la encargada del protocolo de la esposa de Gadafi, Judia, vino a buscar a mamá en automóvil para llevarla a peinar y maquillar a su jefa. ¡Eso demostraba que mamá había alcanzado una excelente reputación! Ella fue, pasó varias horas ocupándose de Safia Farkash, y le pagaron una suma ridícula, muy por debajo de la tarifa normal. Estaba furiosa y se sintió humillada. Entonces, la segunda vez que Judia fue a buscarla, simplemente se negó, bajo el pretexto de que estaba sobrecargada de trabajo. Otras veces, llegó a esconderse, y me hacía decir a mí que no estaba. Tenía carácter, mi madre. Nunca se rindió ante el poder.

Las mujeres de la tribu de Gadafi eran en general odiosas. Si me acercaba a alguna de ellas, por ejemplo para preguntarle si quería un corte o una tintura, me lanzaba con desdén: “¿Quién eres tú para hablarme?”. Una mañana, una de esas mujeres llegó al salón, elegante, suntuosa. Fascinada por su rostro, le dije espontáneamente: “¡Qué bella es usted!”. Ella me abofeteó. Quedé petrificada. Luego corrí hacia mamá, que murmuró entre dientes: “Cállate. La clienta siempre tiene razón”. Tres meses más tarde, vi

con angustia que la misma dama empujaba la puerta del salón. Vino hacia mí, me dijo que su hija, que tenía mi edad, acababa de morir de cáncer, y me pidió perdón. Eso fue aún más desconcertante que su bofetada.

En otra oportunidad, una novia había reservado un turno en el salón para atenderse el día de su boda. Pagó un pequeño anticipo y luego canceló su cita. Cuando mamá se negó a devolverle el dinero, se salió de sus casillas. Empezó a gritar, rompió todo lo que encontró a mano y llamó al clan Gadafi: sus representantes llegaron y saquearon el salón. Uno de mis hermanos vino a socorrernos y lo molieron a palos. Cuando intervino la policía, fue mi hermano quien terminó detenido y enviado a prisión. Los Gadafi hicieron todo lo posible para que permaneciera allí durante mucho tiempo: hubo que iniciar una larga negociación entre tribus para llegar a un acuerdo y lograr su perdón. Salió de la cárcel al cabo de seis meses, rapado y con el cuerpo cubierto de moretones. Lo habían torturado. Y a pesar del acuerdo entre tribus, los Gadafi, que dirigían todas las instituciones de Sirte, incluyendo la municipalidad, se confabularon para imponer la clausura del salón por un mes más. No cabía en mí de indignación.

Mi hermano mayor, Nasser, me inspiraba un poco de miedo y mantenía una relación de autoridad conmigo. Pero Aziz, nacido un año antes que yo, era como mi mellizo, un verdadero compañero. Como íbamos a la misma escuela, yo sentía que me protegía y me celaba al mismo tiempo. Y yo le servía de mensajera para algunos amoríos. En cuanto a mí, no pensaba en el amor en esa época. La página estaba en blanco. Es posible que me autocensurara, pues sabía que mi madre era estricta y muy severa. No lo sé. No tenía ningún novio. Ni el menor estremecimiento. Ni siquiera un sueño. Creo que lamentaré toda la vida no haber tenido amores

adolescentes. Estaba segura de que algún día me casaría, ya que ese es el destino de las mujeres, y que entonces debería maquillarme y ser hermosa para mi marido. Pero no sabía nada más. Ni sobre mi cuerpo ni sobre la sexualidad. ¡Qué pánico sentí cuando tuve mi primera regla! Corrí a decírselo a mi madre, que no me había explicado nada. Me daba vergüenza ver en la televisión publicidad de toallas higiénicas. Me sentía incómoda al ver esas imágenes en compañía de los varones de la familia... Recuerdo que mamá y mis tías me decían: "Cuando tengas dieciocho años, te contaremos algunas cosas". ¿Qué cosas? "La vida". No tuvieron tiempo. Muamar el Gadafi se les adelantó. Destrozándome.

* * * * *

Una mañana de abril de 2004, cuando acababa de cumplir quince años, el director del liceo se dirigió a todas las alumnas reunidas en el patio: "El Guía nos hará el gran honor de visitarnos mañana. Es una alegría para toda la escuela, de modo que cuento que se presentarán en horario, disciplinadas y con la ropa impecable. ¡Tienen que dar la imagen de una escuela magnífica, como él quiere y lo merece!". ¡Qué noticia! No se imagina la excitación. Ver a Gadafi en persona... Su imagen me acompañaba desde que nací. Sus fotos estaban en todas partes, en las paredes de la ciudad, en las oficinas administrativas, las salas municipales, los comercios. En las camisetas, los collares, los cuadernos. Sin contar los billetes de banco. Vivíamos permanentemente bajo su mirada. En su culto. Y a pesar de las críticas acerbas de mamá, yo sentía una temerosa veneración por él. No me imaginaba su vida, pues no lo clasificaba entre los seres humanos. Estaba por encima de todo, en un Olimpo inaccesible en el que reinaba la pureza.

Al día siguiente, entonces, con el uniforme limpio y planchado –pantalón y túnica negros, una chalina blanca alrededor del rostro– corrí a la escuela, esperando con impaciencia que nos explicaran cómo se desarrollaría la jornada. Pero en cuanto empezó la primera clase, un profesor vino a buscarme para decirme que me habían elegido para entregarle al Guía flores y regalos. ¡A mí! ¡La muchacha del “salón”! ¡La alumna que era marginada! Me produjo un gran impacto. Primero, abrí grandes los ojos con incredulidad, después me puse de pie, radiante y consciente de la envidia que despertaba en muchas de mis compañeras. Me llevaron a una gran sala, donde encontré a otras alumnas que también habían sido seleccionadas, y nos ordenaron cambiarnos muy rápido para ponernos el atuendo tradicional libio. Los trajes ya estaban allí, colocados en perchas. Rojos. Túnica, pantalón, velo y un sombrerito para ajustar sobre el cabello. ¡Era fascinante! Todas nos vestimos, contentas, muertas de risa, con la ayuda de las profesoras que ajustaban los velos, ponían alfileres, usaban secadores de pelo para alisar los cabellos rebeldes. Yo pregunté: “¿Cómo debo saludar? ¿Qué tengo que hacer? ¿Debo inclinarme ante él? ¿Besarle la mano? ¿Recitar algo?”. Mi corazón palpitaba aceleradamente, mientras todo el mundo giraba a nuestro alrededor para que nos viéramos impecables. Cuando vuelvo a pensar hoy en esa escena, la veo como la preparación de las ovejas para llevarlas al matadero.

El salón de fiestas de la escuela estaba abarrotado. Profesores, estudiantes, personal administrativo: todo el mundo aguardaba nervioso. Las niñas designadas para recibir al Guía estábamos formadas en fila frente a la puerta de entrada, y nos lanzábamos miradas cómplices, como diciendo: “¡Qué suerte tenemos! ¡Recordaremos toda la vida este momento!”. Me aferré a mi ramo de flores temblando

como una hoja. Sentía las piernas flojas. Una profesora me lanzó una mirada severa: “¡Párate bien, Soraya!”.

Y, de pronto, llegó Él. Entre el chisporroteo de los flashes, envuelto en una nube de acompañantes y mujeres guardaespaldas. Estaba vestido de blanco, con el torso cubierto de insignias, banderas y condecoraciones, un chal beige sobre los hombros, del mismo color que el pequeño gorro que llevaba en la cabeza, del que sobresalían cabellos muy negros. Todo fue muy rápido. Le entregué el ramo, y luego tomé su mano libre entre las mías y se la besé, inclinándome. Entonces sentí que apretaba en forma extraña la palma de mi mano. Luego me observó de arriba abajo con una mirada fría. Presionó mi hombro, posó su mano sobre mi cabeza y me acarició el cabello. Y allí terminó mi vida. Porque ese gesto, como lo supe más tarde, era una señal para sus guardaespaldas que significaba: “Esta. La quiero”.

Por el momento, me sentía como sobre una nube. Y en cuanto terminó la visita, volé más que corrí al salón de belleza para contarle ese acontecimiento a mi madre.

—Papá Muamar me sonrió, mamá. ¡Te lo juro! ¡Me acarició la cabeza!

A decir verdad, me había quedado la imagen de un rictus más bien glacial, pero mi corazón rebosaba de alegría y quería que todo el mundo lo supiera.

—¡No hagas tanto escándalo! —lanzó mamá mientras seguía enrulando el cabello de una clienta.

—¡Pero, mamá! ¡Es el jefe de Libia! ¡Es importante!

—¿Ah, sí? ¿El jefe? Él sumergió a este país en la Edad Media y lleva a su pueblo a un abismo.

Me enojé y volví a casa a saborear mi alegría a solas. Papá estaba en Trípoli, pero mis hermanos parecían poco impresionados. Salvo Aziz, que no salía de su asombro.

A la mañana siguiente, cuando llegué a la escuela, noté un cambio radical en la actitud de los profesores hacia mí. Antes solían tratarme con sequedad e incluso con desprecio, pero ahora se mostraban casi cariñosos. Cuando uno de ellos me llamó “pequeña Soraya”, lo miré sorprendida. Y cuando otro me preguntó si seguiría tomando clases, como si fuera una opción, me dije que eso no era normal. Pero como era el día siguiente a un feriado, no me preocupé. Al término de las clases, a la una de la tarde, corrí a casa a cambiarme de ropa y a la una y media, ya estaba en el salón para ayudar a mamá.

Las mujeres de Gadafi empujaron la puerta hacia las tres de la tarde. Primero Faiza, después Salma y, por último, Mabruka. Salma estaba con su uniforme de guardaespaldas y un revólver en la cintura. Las demás usaban sus atuendos clásicos. Observaron todo el salón –era un día muy concurrido– y le preguntaron a una empleada: “¿Dónde está la madre de Soraya?”. Y se dirigieron directamente a ella.

–Somos del Comité de la Revolución y estábamos ayer a la mañana con Muamar cuando visitó la escuela. Soraya se hizo notar, porque estaba magnífica con el traje tradicional y cumplió muy bien su tarea. Nos gustaría que le entregara otra vez un ramo de flores a Papá Muamar. Tendría que venir con nosotras.

–¡No es un buen momento! Como ven, el salón está lleno.
¡Necesito a mi hija!

–Esto no llevará más de una hora.

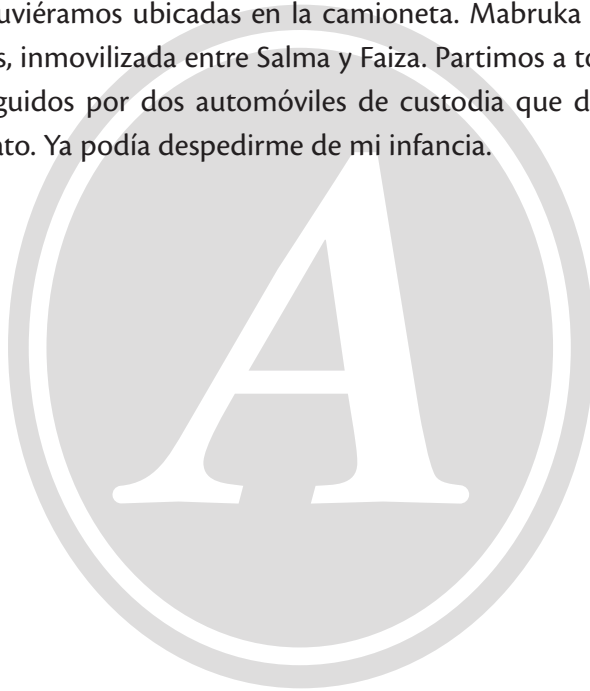
–¿Es solo para entregarle flores?

–Quizá tenga que maquillar también a algunas mujeres del entorno del Guía.

–En ese caso, es diferente. Debería ir yo.

–¡No, no! Es Soraya quien debe entregar el ramo.

Asistí a la conversación primero intrigada y luego excitada. Es cierto que mamá estaba desbordada ese día, pero me molestó un poco que se mostrara indiferente a lo que me pasaba. ¡Si era para el Guía, no se podía decir que no! Mi madre terminó por aceptar –no tenía otra alternativa– y seguí a las tres mujeres. Una gran 4X4 se encontraba estacionada frente al salón. El chofer arrancó antes de que estuviéramos ubicadas en la camioneta. Mabruka adelante y yo, atrás, inmovilizada entre Salma y Faiza. Partimos a toda velocidad, seguidos por dos automóviles de custodia que descubrí de inmediato. Ya podía despedirme de mi infancia.



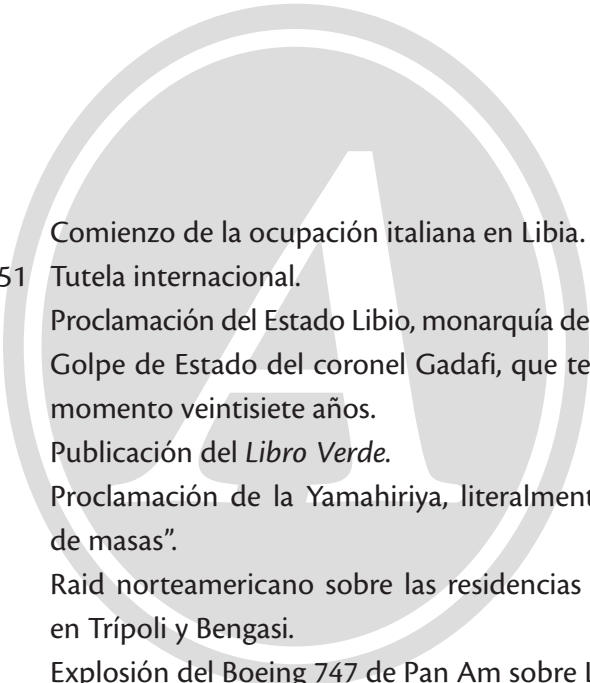
que recordara una presencia humana. Salía humo de las montañas de desechos que la población iba a depositar allí, a falta de una recolección organizada, y las palmeras se alzaban tristes junto a una piscina llena de agua salobre. El cielo estaba plomizo, los cuervos vigilaban el lugar, encaramados sobre los restos de las murallas y yo caminaba sin rumbo, por un lugar de desastre. Las señales de las que me había hablado un ex guardia de Gadafi habían sido destruidas. Me perdí. Pero no importaba. Avancé, intentando encontrar en ese decorado mineral, algún indicio que me recordara a Soraya.

Me crucé con un rebelde que recorría el lugar –tal vez lo cuidaba– y me indicó la entrada a un subsuelo. Algunos peldaños de cemento, una enorme puerta verde, blindada, como si fuera una caja fuerte, y un túnel por el cual el hombre me guió con una antorcha durante unos cien metros. Al escalar por unas pilas de hormigón, a la salida del túnel, descubrí, entre dos piedras y debajo de una kaláshnikov calcinada, un casete roto. Era extraño y absurdo. El título, escrito en árabe, estaba incompleto, y cuando se lo di al rebelde, me dijo simplemente: “¡Música!”. ¿Podía ser una grabación de las canciones almibaradas con las que Gadafi hacía bailar a Soraya? Lo guardé en mi bolsillo y seguí caminando. Un poco más lejos, me llamó la atención una grieta en el suelo. ¿Por qué me detuve? Había muchas grietas, que recordaban los combates del mes de agosto o simplemente indicaban un lugar subterráneo. Me incliné sobre esa abertura. En el fondo, había un objeto de color rojo. No pude identificarlo; todo estaba tan gris alrededor... Tomé un trozo de rama y me tendí en el piso para intentar enganchar ese objeto. Fue fácil: era de tela. Y, de las entrañas de Bab al Azizia, salió a la superficie un corpiño de encaje rojo. Como los que Soraya estaba obligada a usar.

Por primera vez desde el comienzo de ese viaje, tuve deseos de llorar.

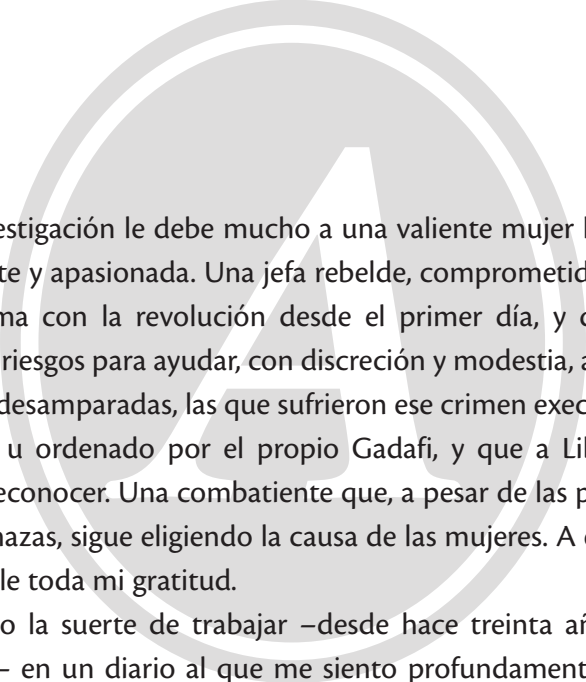


CRONOLOGÍA

- 
- 1911 Comienzo de la ocupación italiana en Libia.
- 1943-1951 Tutela internacional.
- 1951 Proclamación del Estado Libio, monarquía del rey Idris I.
- 1969 Golpe de Estado del coronel Gadafi, que tenía en ese momento veintisiete años.
- 1976 Publicación del *Libro Verde*.
- 1977 Proclamación de la Yamahiriya, literalmente “Estado de masas”.
- 1986 Raid norteamericano sobre las residencias de Gadafi en Trípoli y Bengasi.
- 1988 Explosión del Boeing 747 de Pan Am sobre Lockerbie.
- 1989 Explosión del DC 10 de UTA sobre Níger.
- 2001 Nuevo posicionamiento de Gadafi contra el terrorismo tras el 11 de septiembre.
- 2004 Levantamiento de parte de las sanciones norteamericanas y de las sanciones europeas.
- 17 de febrero de 2011. Inicio de la revolución.
- 20 de octubre de 2011. Captura y muerte de Gadafi.



AGRADECIMIENTOS



Esta investigación le debe mucho a una valiente mujer libia, independiente y apasionada. Una jefa rebelde, comprometida en cuerpo y alma con la revolución desde el primer día, y que corrió muchos riesgos para ayudar, con discreción y modestia, a las mujeres más desamparadas, las que sufrieron ese crimen execrable, perpetrado u ordenado por el propio Gadafi, y que a Libia aún le cuesta reconocer. Una combatiente que, a pesar de las presiones y las amenazas, sigue eligiendo la causa de las mujeres. A ella quiero expresarle toda mi gratitud.

Tengo la suerte de trabajar –desde hace treinta años, desde siempre– en un diario al que me siento profundamente unida, y que me otorgó tiempo y su confianza para llevar a cabo este proyecto. Muchas gracias a los directivos de *Le Monde*.

